

Seis consideraciones sobre el maestro y sobre el erial

Gregorio Morán

La virulencia de las reacciones tras la publicación de *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* pueden significar tanto que el maestro Ortega sigue ahí, en los entresijos de nuestra cultura, como que el estudio del franquismo ha devenido una especie de coto vedado donde no es posible penetrar sin atenerse a las consecuencias del tan hispánico “reservado el derecho de admisión”.

La primera edición de *El maestro en el erial* apareció en los primeros meses de 1998 y poco después una segunda donde se habían corregido media docena de errores. A la espera de una tercera en la que sería preciso introducir varias precisiones y sugerencias surgidas en los intensos debates generados por el libro, ahí van seis consideraciones que tiran por elevación sobre argumentos que ni el autor ni sus críticos han empleado, pero que facilitan la perspectiva de uno de los períodos mas extravagantes de nuestra historia.

PRIMERA CONSIDERACIÓN. Si entendemos por historia intelectual el conjunto de la vida cultural de una sociedad, con sus elites y sus masas, con sus creadores y sus receptores, podemos pasar a afirmar que, a diferencia de otras sociedades europeas cuyas historias intelectuales han mantenido desde la Edad Moderna una relativa continuidad, la historia intelectual de España está marcada por dos bloqueos. Ambos consecuencia de dos guerras civiles. El primero el período de Fernando VII, usufructuario de la victoria en la llamada guerra de la Independencia, y que significó una ruptura total en el cuerpo de la cultura española de la Ilustración y los comienzos del siglo XIX. El segundo, la posguerra que, iniciada en 1939, habría de durar en etapas sucesivas hasta 1977.

La denominación de “bloqueo intelectual” —expresión imprecisa, a falta de una mejor— apenas si tiene que ver con la dialéctica revolución-conservación, afín a la cultura europea, sino con otra categoría. Es el momento en el que la cultura dominante consiste, pura y simplemente, en la eliminación de la cultura y su sustitución por la religión y la fiesta, entendiendo por fiesta toda actividad de diversión de masas.

La ruptura con los incipientes y esperanzadores procesos culturales que se estaban dando en la España de la transición entre la Ilustración y la Revolución Francesa fue brutal, tanto en las artes como en las ciencias, y habría de durar el

período fernandino, casi veinte años. Basta con la somera lectura del ya clásico texto de Vicente Llorens *Liberales y románticos* para atestiguar el volumen de la catástrofe cultural.

Pero incluso esos 20 años del no menos extravagante reinado de Fernando VII, dominado por los señuelos de la religión y la tauromaquia, tuvieron un benévolo trienio liberal. Nada comparable al fenómeno de la posguerra de 1939, donde hay que esperar hasta bien entrados los años sesenta para detectar la presencia de una cultura diferente a la oficial del Estado. Desde 1939, recién terminada la guerra civil, hasta 1956, la universidad española aparece en su conjunto, y salvando las particularidades de lo que cada uno pensaba en su intimidad, como una cultura bloqueada, regresiva, que no otra cosa va a ser el nacionalcatolicismo.

Se produce entonces un salto, nada dialéctico por cierto, hacia atrás en el tiempo. Un retroceso que hoy puede resultar con ciertos visos cómicos y otros patéticos. Esos lados cómicos y patéticos quizá sean la fuente provocadora de la ira de algunos supervivientes intelectuales de entonces que se niegan a contemplarse en el espejo de la época.

Las historias intelectuales de Alemania e Italia durante sus períodos totalitarios se mantuvieron fieles a una cierta dialéctica revolución-conservación. Nada que ver con lo ocurrido en España durante la etapa que denominamos del “nacionalcatolicismo”. No se trataba sólo de la destrucción de la cultura republicana, sino de borrar la discreta herencia que se había ido acumulando desde finales del XIX. En este sentido, el bloqueo, ese intento de retrotraerse al mundo cultural hispánico del Imperio católico, no tiene precedentes, creo, en la cultura europea del siglo XX.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN. La generación intelectual que vence en la guerra civil de 1936-1939, y que ocupará cargos de máxima trascendencia cultural en el Estado recién creado, tiene dos características dominantes: primero, como es lógico en una guerra, su juventud, y segundo, y esto es lo más llamativo, la residualidad de su cultura. Ninguno de ellos, hasta la guerra civil, ha tenido contactos relevantes con las figuras intelectuales que imperaban desde su adolescencia.

Y entonces sucede que aquello que fue una ventaja y que les evitaba en su pureza nacionalcatólica tener que presentar pruebas de descargo de un supuesto liberalismo juvenil, su condición de “cristianos viejos” de la cultura, pronto se hace inconveniente al afrontar la vida académica, cuyo único elemento constitutivo es el de las tradiciones. La academia, cualquiera que sea, sólo tiene sentido en cuanto continuidad.

Hay que reconstruir una memoria, pero como la edad de partida era escasa, la información nula o restringida, y la función a desempeñar longeva, se abrió un período de fascinante transformismo intelectual. Es preciso situarse en las coordenadas del tiempo pasado, eso a lo que todo el mundo apela y

que tan difícil es de realizar, y meterse en la evolución intelectual no de un adolescente, sino de unos hombres bragados en una guerra implacable de tres años, implicados en una órbita, la del totalitarismo nazi-mussoliniano, y que primero con la victoria aliada, luego con el aislamiento cultural, es decir, la autarquía intelectual que convierte a cebollinos en lumbreras, llega un momento en el que ni ellos mismo reconocen su pasado.

Si todos tendemos a edulcorar nuestros errores, ¿cómo podríamos extrañarnos que tras aquellos borrascosos tiempos un intelectual, cuya habilidad máxima es encontrar recursos para adentrarse en las cosas, evitara aplicárselo a su propia vida? Porque la paradoja de las paradojas de nuestra intelectualidad de posguerra, es que la inteligencia vencedora fue derrotada culturalmente con una reiteración digna de mejor causa, pero políticamente venció siempre.

No hay propiamente una evolución ideológica que lleve de la División Azul nazi a la defensa de la democracia parlamentaria, o lo que es lo mismo de la consideración patrimonial del legado hitleriano como parte primigenia de la cultura occidental, para llegar, al cabo de unos años, a defender la trayectoria del laborismo británico o de la socialdemocracia sueca. Los procesos de evolución intelectual terminaron en vísperas de la guerra civil. A partir de entonces se inició un período, un larguísimo período, de conversiones.

TERCERA CONSIDERACIÓN. La religión en España había dejado de ser en el primer tercio del siglo una forma de ideología y de hacer política salvo para sectores muy residuales de nuestro conjunto cultural. Ese carácter de Jano, de doble faz, ideología totalizadora y política intransigente, fue lo que caracterizó de manera dominante los años de absoluta hegemonía nacionalcatólica.

El nacionalcatolicismo es la variante ideológica que adopta en España el totalitarismo y esa variante contiene peculiaridades que lo hacen difícilmente estudiable. En primer lugar su vinculación a la Iglesia, dándose la particularidad de que esa misma Iglesia habrá de ser años más tarde uno de los elementos decisivos en el deterioro de la Dictadura y la apertura de horizontes democráticos. El estudio del nacionalcatolicismo es un fenómeno muy vinculado a un período histórico.

A diferencia de otros totalitarismos europeos el nacionalcatolicismo no tiene ninguna veleidad revolucionaria, ni tan sólo modernizadora, es estrictamente regresivo. Su ambición, incluso su horizonte, están en una vuelta a los valores religiosos apostólicos e imperiales que dominaron España en siglos pasados. No se trata de una reacción frente a la modernidad sino de una negación pura y simple de la modernidad.

El nacionalcatolicismo como ideología se conformará a partir de una amalgama de corrientes que coinciden en dos principios: la verdad absoluta de la Iglesia católica y la dictadura de Franco como régimen adecuado al

modo de ser hispánico. Estos frágiles mimbres ideológicos serán los que harán del nacionalcatolicismo un magma dominante sobre su época pero escasamente interesante en una perspectiva más distante. La inanidad de la obra teórica nacionalcatólica, sumada a la transformación sufrida por sus más importantes portavoces, hará del estudio del totalitarismo español una especie de veo-veo, en el que ni siquiera sus figuras asumen el papel que desempeñaron.

CUARTA CONSIDERACIÓN. No hay una figura intelectual en el siglo XX español que pueda compararse, como figura y como intelectual, a José Ortega y Gasset. Podrá haber opiniones encontradas sobre su envergadura como filósofo, como ensayista, como promotor cultural, como escritor, como político, como periodista, etc., pero es la figura más influyente. Ortega se constituye en el primer intelectual español con trascendencia internacional.

Desde el comienzo de su madurez intelectual, en la primera década del siglo, Ortega y Gasset será una especie de destilado de la cultura española. Hasta bien avanzada la II República el por o contra Ortega es una fórmula obligada de peaje intelectual. Se le reconoce como un maestro de generaciones.

Los dos bandos que se enfrentan en la guerra civil están poblados de orteguianos. Su figura es utilizada intermitentemente por unos y otros, más unos que otros, todo hay que decirlo, pero nadie ubica a Ortega en uno de los dos bandos de manera incontrovertible. El maestro se vuelve taciturno.

Los escasos gestos de Ortega en la posguerra estaban oscurecidos por la ambigüedad cuando no por la leyenda. Sufrió el mismo proceso que los protagonistas; conforme los protagonistas se distanciaban del régimen de dictadura, Ortega aparecía en su prístina evocación de maestro incorruptible.

El Ortega de posguerra era un enigma.

QUINTA CONSIDERACIÓN. Un erial es un lugar de escasa vegetación, pero no es un desierto. Lo que caracteriza a un erial es la impresión general de desolación, incluso de soledad, pero si uno lo recorre minuciosamente va detectando aquí y allá una vida si no rica, al menos modesta.

Visto en su conjunto, el período de hegemonía nacionalcatólica que va de 1939 a 1956 causa pasmo, no tanto por su condición de erial sino por su categoría de hegemónico. ¿Cómo fue posible que aquella morralla ideológica, por utilizar una expresión ajustada al momento, tuviera ambiciones de universalidad y sobre todo empapara la vida intelectual española? Estimo que es algo tan sorprendente que hasta a los mismos protagonistas les cuesta trabajo referirse a ello.

Todo lo que es entonces más resaltado será desdeñado como residual años mas tarde, y aquello que aparece como incipiente va a ser lo que perdure. Ahora bien, hacer un corte sobre diez años de cultura, el período de 1945 a 1955, obliga a visiones de conjunto y apenas estudios de detalles que no sean especialmente significativos. Un ejemplo. Considero que una de las figuras más interesantes de la posguerra española es Julio Caro Baroja; sin

embargo en un estudio de aquellos años su figura es no sólo menor y marginal sino desdeñable. (Repito que me estoy refiriendo al período 1945-1955.) Desdeñable salvo en el caso particularísimo de ser el confidente más atento y menos comprometido que posiblemente tuvo Ortega y Gasset. Y el escritor que haría uno de los libros emblemáticos, por su prosa y su reflexión, de la cultura española del siglo, *Los Baroja*.

Basta echar una mirada a la bibliografía de las figuras descollantes del nacionalcatolicismo, desde Laín Entralgo al fallecido Calvo Serer, por citar dos cabezas de fila, para sorprenderse de la desaparición de buena parte de las obras entonces publicadas.

SEXTA CONSIDERACIÓN. La iluminación de lo que he dado en llamar “agujero negro” de nuestra historia intelectual, el período que media entre 1945 y 1955, ha consentido al menos abrir un debate para ulterior revisión de determinados conceptos fijados en nuestra cultura.

La “tercera España”, alejada de tirios y troyanos, ausente de la guerra civil, es una leyenda creada por los propios protagonistas a partir de su evolución posterior. Se pueden contar con los dedos de una mano, y sobran dedos, quienes ni participaron en la contienda ni asumieron como mal menor uno de los dos bandos. Y Ortega y Gasset no fue precisamente una excepción.

El concepto de “generación del noventa y ocho” que instaura Laín Entralgo en su período de máxima influencia, tomado a partir de la versión que ofrece Azorín en su libro *Madrid* (1941), es una concepción netamente vicaria del nacionalcatolicismo.

La denominación como “generación del veintisiete” de la pléyade de poetas que sobresalen a partir de los años treinta es un eufemismo inventado por Dámaso Alonso en 1948 para evitar cualquier referencia a la II República.

La evolución posterior de figuras intelectuales como Laín Entralgo, Calvo Serer, Gómez Arboleya, Aranguren, Tovar, Díez del Corral, etc., no puede condicionar el estudio de lo que significaron en el conjunto del mundo ideológico nacionalcatólico del que formaron parte.

El Ortega y Gasset de posguerra ha dejado de ser un enigma.

Mientras en Alemania se produjo una polémica de envergadura, hace ya algunos años, en torno al “pasado que no quiere pasar” —el nazismo—, entre nosotros, por la peculiaridad de nuestra historia que parte de la casi perennidad de la dictadura —cuarenta años de franquismo— ocurre que la polémica se sitúa en una especie de debate ciego y unilateral sobre “el pasado que nunca existió”.